



Eje IV: "Hacia una comunidad organizada y un Estado transformador". Nueva estatalidad, democracia y movimientos populares.

Mesa 14: Democracia y organizaciones populares

Título de la ponencia: **El hombre en la Colaboración social**

Autor: **Sebastián Iglesias** (UNLa).

Introducción

Porque el hombre está entroncado a su pasado y de éste proviene (si se remonta en el tiempo arribará a su tradición primera, a su más pura genealogía: Dios). Pues bien, en su calidad de ser social, el hombre está fuertemente ligado al terruño del que emana (está integrado desde la tierra a la que su cuerpo volverá) a las costumbres que le informan desde infante, a las creencias que hacen a su sentido religioso, es decir, a todas aquellas realidades que existen antes de nosotros y configuran nuestra misma esencia.

Francisco Figuerola

Los caminos de José Figuerola y Alberto Baldrich¹ van en paralelo desde 1943. Mientras que el "catalán" se desempeña como personal estable del Departamento Nacional del Trabajo, Baldrich lo hace primero como Interventor federal de la provincia de Tucumán y luego como ministro de Instrucción Pública de la revolución del 4 de

¹ Alberto Baldrich (1898-1982). Hijo del General de brigada Alonso Baldrich. Abogado y docente ejerció la docencia universitaria en sucesivas cátedras (Sociología y Política internacional) en distintas universidades, entre las que se destacaron: Universidad nacional de Buenos Aires, Escuela superior de guerra, Universidad Nacional de Rosario, Escuela del ejército y la armada, Universidad provincial de Mar del Plata. Entre sus principales responsabilidades institucionales se encuentran: Interventor federal de Tucumán, Ministro de Instrucción pública, Juez nacional de la Cámara nacional de apelaciones en lo civil.

junio². Sin embargo, estrechan su vínculo político en la década del '60, cuando el ex Juez nacional de la Cámara de apelaciones en lo civil conforme el “Centro de estudios de problemas argentinos” y convoque al ex secretario legal y técnico de la Presidencia de la nación como miembro consejero del mismo. Es bajo el marco de esa organización que se dan a publicidad dos trabajos *El gran movimiento social argentino e Imperialismo y liberación nacional*, escritos por Figuerola y Baldrich respectivamente. Ambos ensayos serán analizados con la intención de perfilar los rasgos esenciales del hombre en la matriz del pensamiento nacional y latinoamericano.

Cada matriz lleva consigo una determinada cosmovisión del ser humano. Este conjunto de ideas, concepciones y proyecciones conforman un determinado Ser que motoriza las principales fuerzas sociales, que impulsan sus formas de organización. Así por ejemplo cada modelo civilizatorio encarna un hombre concreto, de carne y hueso, que resume en su esencia toda una red de relaciones sociales, políticas y económicas. La primacía de algunas de éstas son consecuencias directas de un tipo humano dotado de “modalidades espirituales y biospsíquicas” (Baldrich, 1967, p.94).

Salvando los detalles característicos de cada formación social, se vislumbran en el mundo actual dos modelos civilizatorios, una vez que el comunismo ateo y el liberalismo capitalista se fusionaran de manera definitiva: el hombre económico propio del capitalismo, en su versión estatal e individual, y el hombre justicialista formado en la concepción filosófica de la colaboración social. Ambos, vale aclarar, no surgen de manera espontánea, son el producto de siglos. Persiguen (y persiguieron) distintos objetivos, mientras que el lucro fue el motor del primero, la realización de la justicia social animó las acciones del segundo.

Las distinciones no solo abarcan aspectos circunscriptos a la fisonomía exterior de sus objetivos. Es en la esencia filosófica, que lo justifican y lo sostienen, donde debe buscarse la diferencia sustancial. Mientras que el hombre económico hace suya la idea hobbesiana de que “el hombre es el lobo del hombre” (Figuerola, 1961, p.21), el hombre trabajador justicialista cristiano retoma la “convicción de Lucio Anneo Seneca (...) de que el hombre ha de ser cosa sagrada para el hombre” (Figuerola, S/A, p.21). La acción destructiva y violenta ejecuta los mandamientos de los apóstoles del pensador inglés. La construcción serena y pacífica, “la espiritualidad revelada (que) estimula el poder creador del pensamiento y garantiza el triunfo del derecho” (Figuerola, 1961, p.21), crucial en la construcción armónica de la comunidad, es vital para la ansiada paz social que pregona el antiguo “preceptor y víctima de Nerón” (Figuerola, 1961, p.21)

² El 4 de junio de 1943 una revolución desplaza del ejecutivo al presidente Castillo. Los sectores militares organizados por intermedio de una logia secreta militar (GOU) tomaron el poder.

El hombre entre la destrucción liberal, la barbarie comunista o la justicia social cristiana

En la segunda parte de su libro *Imperialismo y liberación nacional* Alberto Baldrich se detiene minuciosamente en la constitución histórica del hombre económico. Demuestra como en el lento devenir de los siglos ha ido revirtiendo su primaria segregación, en manos de reyes, nobles y clérigos para reconvertirse en amo y señor del mundo. El proceso en cuestión implicó la subversión del orden establecido y, con él, de los valores que dieron origen y estabilidad a la sociedad pre capitalista. De esta manera, los factores rechazados por el viejo orden son tomados como nuevos ordenadores. Así la función del trabajo se reinterpreta; La guerra no será el soporte de legitimidad sino la paz, que propicia la expansión comercial y económica; La noción de la libertad se reconfigura, del plano colectivo se desplaza a la faz individual, donde se solidifica y proyecta connotaciones totalitarias cuando la misma sea requerida por los países esclavizados bajo el yugo imperial. Dos factores más terminan por consolidar y caracterizar su acción: “el alma y el pensamiento en dinero” y “la explotación del hombre por el hombre” (Baldrich, 1967, p.91)

En su derrotero se verifica, en primer lugar, la consolidación económica y el posterior control de los resortes estratégicos de las cuentas públicas. Para luego, en segundo lugar, disponer de los medios políticos que le permitieron hacerse del aparato estatal en su conjunto, al que pusieron a su servicio. Dice Alberto Baldrich que “a lo largo de esos siglos nació, se consolidó, se infiltró en las otras capas sociales y obtuvo el colosal poderío del que dispone” (Baldrich, 1967, p.91). Su meteórico ascenso se vio acompañado por dos factores que producen y favorecen su desenvolvimiento: “El descubrimiento de América que amplía las vías económicas” y “la reforma protestante que justifica el uso de la riqueza al modo capitalista, por la nueva clase económica; y más tarde el debilitamiento de la fe religiosa” (Baldrich, 1967, p.93).

En una clara definición antropocéntrica sostiene que, en su proyección histórica, el hombre económico origina el surgimiento del capitalismo. Lo hace reposicionando el valor de la riqueza, que pasa de medio o instrumento a convertirse en un fin en sí mismo. En los márgenes de los estamentos sociales que dominan el mundo pre-capitalista descubren que la intermediación es un buen negocio. Encuentran en una de sus facetas, el empréstito, la forma de penetrar en el anquilosado armazón real. Los reyes y los nobles al devorar su hacienda hacen el resto. Sobre las vulgares tareas manuales y financieras va corporizando sus propios sistemas de ideas, sus valores y sus privilegios. Pero también va afianzando su propia constitución, que se expresa en sus

manifestaciones materiales y espirituales que lo motorizan. Las manifestaciones materiales “son el invento y la creación de toda la técnica comercial y bancaria, del cálculo y la partida doble, del sistema de documentos comerciales, del régimen bancario, y del juego de la bolsa. La cual era indispensable para el ilimitado desarrollo de su economía y para las futuras y altas etapas del imperialismo financiero” (Baldrich, 1967, p.97). Por su parte, “la moral práctica y utilitaria, la irrefrenable vocación de lucro y la concepción del mundo circundante incluso del hombre, como aprovechamiento” (Baldrich, 1967, p.97) constituyen las expresiones características de sus manifestaciones espirituales.

La supremacía de lo económico como factor determinante del análisis causal de las condiciones socio políticas da origen a la mentalidad comunista, conformando, junto con el liberalismo, dos ramas de una misma esencia. Porque ambas ideologías suponen que hay una infraestructura económica que determina todo el acontecer espiritual, social, político e institucional.

La destrucción del régimen corporativo del renacimiento fue el primer objetivo a gran escala que encaró el hombre económico. La organización gremial, dice Baldrich, “constituye el primer ensayo de justicia social y de un sistema laboral” (Baldrich, 1967 p.108). En él, “tanto lo individual como lo personal están en función de un todo social, el orden medieval organizó el trabajo y la economía” (Baldrich, 1967, p.112). En estas formas de organización comunitaria el hombre no era explotado por el hombre. Es decir, “había dignidad en el trabajo” (Baldrich, 1967, p.115). Dice Alberto Baldrich: “Son los grandes patrones dedicados al comercio internacional que burlan el espíritu del régimen corporativo. Proveen a los artesanos de materia prima que ellos le devuelven fabricadas para la reventa en el mercado internacional, de modo que el trabajo aparece separado del capital” (Baldrich, 1967, p.116), de esta manera comienza a predominar la división por sobre la unidad, la especialización por sobre la integralidad de las funciones dentro del proceso productivo. Fue este estadio de la organización obrera la que “abolieron los movimientos protestantes y el hombre económico de la burguesía y luego su última consecuencia en el orden económico: la revolución francesa”. De esta manera, ya no existirán barreras que impidan dar rienda suelta a “la competencia que es la bandera del liberalismo económico y la explotación del hombre por el hombre” (Baldrich, 1967, p.116).

Consumada la victoria sobre las estructuras sociales comunitarias del antiguo régimen, se desarrollan de manera exponencial dos formas de acción inmateriales propias del mundo económico: el espíritu de empresa y el espíritu burgués, “que unidos plasmaron el capitalismo” (Baldrich, 1967, p.118). El primero de ellos implica, dice Baldrich, la

explotación del trabajo ajeno como sistema. Pero también la concreción de un único y fundamental objetivo: la ganancia. El segundo de ellos, resume en su esencia “al lucro por especial y única finalidad” (Baldrich, 1967, p.119). La confluencia de ambos le aplica el golpe de gracia definitivo a todo el orden establecido. La preeminencia del mundo civil, hasta ese momento inexistente, rápidamente se traslada al ámbito por excelencia del poder: el estado. Cabe mencionar que era esta institución por donde pasaba el mundo hasta ese momento. El tráfico de relaciones sociales, económicas y sobretodo políticas tenían en su interior su razón de ser. A partir de entonces “se aniquila al auténtico Estado para instaurar en su lugar al Estado gendarme que es un estado clasista. cuando elimina la esencia de la justicia y el derecho para sustituirlos por criterios de utilidad, cuando organiza la sociedad al prohibir los cuerpos sociales como los gremios, cuando destruye la dignidad del trabajo y establece la explotación del hombre por el hombre y convierte a las patrias en mercados comerciales libres para su explotación” (Baldrich, 1967, p.118).

La otrora posición del hombre en el centro de la escena sufre una profunda metamorfosis, de “eje y destinatario de toda la cultura” (Baldrich, 1967, p.132) a “engranaje del sistema del imperialismo capitalista” (Baldrich, 1967, p.132). Con su descentralización se pierden sus estatutos de trabajo, que rápidamente son reconfigurados al calor del contrato. “El estatuto regía la condición de cada hombre, sus derechos y deberes y estabilizaba a las personas y a los grupos” (Baldrich, 1967, p.132). Era un elemento natural del orden establecido, propio de sus formas de organización. Por el contrario, el contrato elimina su componente natural e instaura la instrumentación propia de los intereses capitalista. Nuevamente se observa la entronización de intereses de un sector por sobre y en detrimento del conjunto del cuerpo social.

Un hombre nuevo: el trabajador justicialista cristiano

Aleksander Dugin, en la conferencia pronunciada en la Confederación General del Trabajo, en Buenos Aires, el 25 de abril de 2019 relanzó la esencia del hombre trabajador justicialista cristiano al afirmar: “El hombre es el hombre con raíces, el hombre enraizado, un hombre o mujer concreta, que pertenece a la comunidad, a la tierra concreta. El trabajador es la figura concreta histórica, cultural, étnica y religiosa; pertenece a la civilización concreta, al espacio, al tiempo” (Dugin, 2020, p.16). Sus antecedentes se remontan a los albores de la edad media, más específicamente a su estructura organizativa “política-religiosa y laboral” (Baldrich, 1967, p.99) a la que da origen. Su composición se ordena a partir de la concepción antropológica del hombre político, “con sentido heroico y combatiente y las de la Iglesia, con sentido de

catequización, y las de los gremios con sentido social” (Baldrich, 1967, p.100). Una clara función misional lleva en sus gérmenes, un claro sentido de la integración conforma su principal método de acción. Un elemento más puede rastrearse en sus orígenes, el fuerte componente social de su investidura. Dice Alberto Baldrich: “Se impone una aclaración sobre los elementos que constituirán la nobleza o la aristocracia, la que adquiere status en el siglo X y que tanta influencia tuvo en la formación de Europa. Su fuente de reclutamiento es el pueblo, especialmente entre los hombres de guerra” (Baldrich, 1967, p.110) y prosigue “la aristocracia naciente se declara pueblo y en cierto sentido tiene razón porque el pueblo ha desaparecido en ella” (Baldrich, 1967, p.110). La pobreza marca su origen plebeyo, su función dentro del cuerpo social le asigna el rol a cumplir. Sus intereses particulares se subordinan a la realidad superior de la que forma parte.

No se concibe al hombre nuevo justicialista sin ese gran movimiento social argentino que caracterizó José Figuerola, en un libro que lleva por título el mismo nombre. No podemos pensar en los términos de su conformación, una vez analizados sus orígenes, si no lo integramos a un ente superior que lo contiene, le da forma y lo proyecta a su misión histórica. Alberto Baldrich, en el libro aquí analizado, se pregunta “¿y quién es nuestro pueblo?”. Nótese que a diferencia del hombre económico que da origen al sistema capitalista, en el caso del hombre justicialista cristiano el sentido se invierte y es a partir del abordaje de lo general que se destacan sus principales características. “Nuestro pueblo es la noble materia humana que forjó la patria con la epopeya de San Martín y la mantuvo en soberanía con Rosas, y trabajó de sol a sol sus pampas, sus valles, sus selvas y sus riberas y en las ciudades sostuvo el desarrollo de los talleres” (Baldrich, 1967, p.76). En el hombre argentino y latinoamericano el sentido espiritual de la misión y la acción concreta dan cuerpo a su ser. Sus mantos de heroicidad se construyen, también, en las fatigas cotidianas de la laboriosidad. En el pueblo todos son parte, sólo la formidable tarea de erosión al que fueron y son sometidos pueden instalar una idea errónea e inauténtica de su integración.

La adhesión del pueblo pobre trabajador³ a los postulados colaboracionistas del justicialismo cristiano se explican “por esos diez años de dignidad social política y económica” donde “adquirió conciencia de su personalidad y de quienes eran sus enemigos: los imperialismos del capitalismo anglosajón. Inglaterra primero y EEUU después (...)” (Baldrich, 1967, p.78). Es decir, el pueblo toma conciencia de su propio ser en la construcción de una nueva Argentina justa, libre y soberana. Donde prevalece

³ El concepto es desarrollado por la teóloga Emilce Cuda. Da cuenta de la necesidad del trabajo como medio para la subsistencia, pero también como elemento en común de unidad y pertenencia al pueblo.

como principal característica la restauración de su trascendencia, pero también la visualización exacta de sus enemigos.

El hombre trabajador justicialista cristiano parte de una certeza insoslayable, el anhelo permanente de Justicia social, que marca su largo peregrinar por Hispanoamérica. Entendida como medio y fin en sí misma, propone como herramienta para su construcción “la paz social” (Figuerola, 1961, p.18). Sus principales pensadores, entre los que sobresalen José Figuerola y el General Juan Perón, amplían el marco conceptual para su interpretación. Lo hacen redefiniendo y complejizando lo que en Europa se denominó el problema social, que “bien entrado el presente se denominó cuestión social y que, en nuestros días, entra de lleno en la expresión complejo económico-social” (Figuerola, 1961, p.20). Esto implica dejar de lado los análisis parciales y sectorizados para motorizar una visión integral del fenómeno analizado.

El gran movimiento social que moldea su espíritu y sus realizaciones “ha rebasado el exclusivismo proletario o limitación clasista para entremezclar aspiraciones comunes a todos los sectores sociales, salvo como es natural, el grupo representativo de la concentración plutocrática, de los derechos de él derivados y del esnobismo de los favorecidos por un golpe de fortuna” (Figuerola, 1961, p.22). Sobrevuela un caro sentimiento patriótico en la integración nacional que promueve. “Este sentimiento que nace con el hombre es el que quieren arrancarle las fuerzas ocultas que buscan el amontonamiento gregario de gentes sin patria, la base de sus apetitos de dominación universal” (Figuerola, 1961, p.22). Para evitarlo, al igual que el hombre económico, busca en los valores del orden establecido nuevas formas de interpretarlos. De ahí que arremeta contra la concepción liberal del trabajo, lo arranque del ámbito jurídico de lo civil y lo transfiera al derecho social, de manera tal que deje de ser considerado “como una mercancía que se pueda vender o alquilar” (Figuerola, 1961, p.23). El General Perón le asigna como elemento central de su puesta en valor una doble materialidad en tanto derecho y obligación. Las viejas instituciones civilistas quedan rápidamente rebasadas ante el nuevo rol del trabajo, sus leyes exhaustas ante las nuevas relaciones de orden jurídico económico-social que buscan nuevas formas de solución a “los problemas que tiene planteados el complejo económico-social” (Figuerola, 1961, p.23).

La condición por excelencia del hombre justicialista cristiano es la colaboración. Esta característica lo diferencia de manera sustancial con los hombres materialistas del capitalismo explotador y el comunismo ateo. El colaboracionismo presente en el espíritu del hombre anuncia tres diferencias fundamentales con los imperialismos en pugna:

- a. La elevación espiritual y material producto del nuevo rol asignado al trabajo.

- b. El encuentro con el goce y el bienestar, producto de la conquista y el disfrute de los bienes por el esfuerzo invertido en su realización.
- c. La integración y no el aniquilamiento de sus antagonistas, a los que llama a integrarse en comunidad.

La acción estatal se reconfigura en función de la escucha. El trabajo realizado por el antiguo Departamento Nacional del Trabajo, convertido luego en Secretaria de Trabajo y Previsión fue un instrumento valioso de realización, pero también de escucha del pueblo. Dice al respecto José Figuerola “Seguidamente, las masas populares pudieron exponer abiertamente sus aspiraciones, y se dio el caso extraordinario de que el tránsito de la indiferencia del Estado a la función tuitiva y de la falta de cooperación empresaria con los trabajadores a la colaboración fecunda, se operaban dentro de la paz y en perfecto orden” (Figuerola, 1961, p.33). En forma dialéctica hombre y pueblo se construyen, se retroalimentan. A veces es el primero quien realiza su aporte, a veces el segundo quien lo toma y viceversa, de manera paulatina y armónica. Esta forma de construcción popular rompe “el predominio de los monopolios opresores de la economía del pueblo” (Figuerola, 1961, p.34) y da comienzo la instauración de la economía social. Su principal consecuencia es el retorno al modo de vida y de ser del país.

La reafirmación de la argentinidad recupera el sentimiento nacional. Una vuelta a las fuentes, indispensable para retomar el cauce del modelo de la organización gremial hasta el momento “encaminadas a lograr el internacionalismo obrero y prohijando finalidades ajenas, cuando no opuestas al ser nacional argentino” (Figuerola, 1961, p.35). Una vez permitida su libre expresión, el hombre justicialista cristiano organizó sus sindicatos de acuerdo a su propio modo de ser. Fue normal, a partir de entonces, que la fecundidad y correspondencia de los sentimientos, pensamientos y aspiraciones establecieran “una identidad, coincidencia o, por los menos, afinidad de pensamiento y acción existentes entre ellos y el funcionario o gobierno que les interpretaba y defendía en sus aspiraciones justas” (Figuerola, 1961, p.35).

El hombre proyecta sobre el movimiento social los valores que definen su fisonomía. La comprensión y el amor dotan al proceso de redención del sentimiento nacional necesario para llevar adelante su empresa en forma pacífica. No es casualidad que José Figuerola destaque en su libro que la implantación de la justicia social en la Argentina se haya realizado sin recurrir a la revolución social violenta. La destrucción y la violencia dotan de razón al hombre económico en su versión liberal y comunista. La propensión hacia la colaboración, central en el nuevo hombre, tiende los puentes para la construcción de nuevas pautas civilizatorias. Es fundamental la concreción de estos

principios en proposiciones prácticas. Tal vez la más significativa haya sido la nueva función social de la propiedad que, por un lado, consolida la propiedad privada y, por otro lado, la hace más accesible a todos. Una de las primeras consecuencias es el arraigo en el suelo en el que trabaja. De esta manera, se concreta el bienestar material y el desarrollo espiritual. Uno complementa el otro, no lo determina. Aunque como bien dice Figuerola “no puede conseguirse el bienestar social, y menos sostenerse por mucho tiempo, si no existe el potencial económico que lo respalde” (Figuerola, 1961, p.47).

La impronta colaboracionista se expresa en una marcada fuerza constructiva, que dice Figuerola “no ha existido ni existe en ningún otro país del mundo” (Figuerola, 1961, p.50). El hombre justicialista cristiano no necesitó destruir un orden para emerger. Por el contrario, emprendió un proceso de centralidad a partir de la construcción de sus propias herramientas (Como el Consejo nacional de posguerra) que dieron lugar a profundas reformas económicas y sociales. Las fuerzas espirituales del capitalismo liberal y del comunismo ateo, subordinadas a los intereses materiales de existencia, detentan rasgos destructivos. Su preeminencia implica la no existencia del otro, al que necesitan solo en su condición de explotado.

El Doctor Pablo A. Ramella en el prólogo al libro *Teoría de la democracia social*, de Francisco Figuerola, define de forma clara los dos modelos en pugna: “Uno, de cuño roussonian, liberal, anglosajón y pagano. Otro, escolástico, cristiano y social” (F. Figuerola, 1986, p.12). Dos modelos civilizatorios que se expresan en sus realizaciones históricas: Colonial sobre la base “del libro de cuentas y el interés económico” (Figuerola, 1961, p.57) el primero de ellos; Civilizatorio “de la cruz y la espada” (Figuerola, 1961, p.57), el segundo. La participación popular es otro de las características que los distinguen, mientras en el modelo de rapiña liberal el pueblo permanece al margen, en el justicialismo cristiano su acción es central. Su participación no se limita a la mera consulta, sino que se ejerce por intermedio de sus organizaciones representativas y sus dirigentes ocupan los principales cargos del gobierno. Al respecto afirma José Figuerola “la presencia directa de la representación de las masas en los organismos económicos nacionales e internacionales es un imperativo de justicia (...)” (Figuerola, 1961, p.70).

Consideraciones finales

El intento de analizar la fisonomía material y espiritual de los hombres que dan origen a los dos modelos civilizatorios en pugna se enmarca en una investigación que intenta dar cuenta del aporte de José Figuerola al pensamiento nacional y latinoamericano. Es por

eso, que la disputa en torno a la concepción y el sentido del hombre es fundamental para entender la esencia de esos modelos. Mientras que la visión del hombre económico responde a la necesidad, en términos de Amelia Podetti, de profundizar “las relaciones coloniales y de sojuzgamiento de Europa sobre el tercer mundo” (Recalde, 2016, p.360), la concepción del trabajador justicialista cristiano es el punto de partida de la rotura de esas relaciones, y el actor que va a llevar adelante comunitariamente la liberación nacional. Liberarse de la visión antropológica europea, es también pensar en los seres de la periferia a partir de sus propias categorías, sus propias creencias y también sus propias raíces.

En su libro *Imperialismo y liberación nacional* Alberto Baldrich da cuenta de la construcción de un sistema de ideas que acompaña la marcha triunfal del hombre económico. Esas nuevas concepciones no solamente reformulan en clave positiva los valores despreciados por el antiguo régimen, sino que se proyectan en clave universal. Difundidos por todo el mundo a través de los mares, justificaron la expansión comercial europea y su posicionamiento como parámetro referencial de la evolución de la humanidad. El comercio, los adelantos tecnológicos y, sobretudo, la ciencia serán los soportes esenciales de la dependencia. Es al menos ingenuo pensar que la ciencia europea no comprende los procesos históricos y los distintos movimientos nacionales surgidos en el amplio tercer mundo. Su incompreensión es parte de la cuota de confusión fundamental para mantener a salvo el statu quo establecido.

Es José Figuerola el primero en exponer con claridad que a diferencia de lo que creía Hobbes (y Marx también) el hombre no era el lobo del hombre, que no priman entre sus relaciones ni el egoísmo ni la preeminencia de lo material, sino de que el hombre ha de ser cosa sagrada para el hombre. Esto se produce porque retoma el pensamiento filosófico y escolástico en detrimento del saber científico de las ciencias naturales. De esta manera, recupera el pensamiento situado propio del pensamiento nacional y latinoamericano, pero también marca una clara diferencia con Hobbes y Marx tributarios del hombre económico capitalista.

Bibliografía

- Baldrich Alberto, *Imperialismo y liberación nacional*. 1 Ed. Buenos Aires. Editorial Huella, 1967.



- Dugin Aleksander, A 70 años de la vigencia de una idea, Aleksander Dugin; Alberto Buela. 1 Ed. Ciudad de Buenos Aires. CEES ediciones, 2020.
- Figuerola Francisco José, Escritos políticos. 1 Ed. Buenos Aires. Editorial Plus Ultra, 1974.
- Figuerola Francisco José, Teoría de la democracia social. 1 Ed. Buenos Aires. Ediciones Depalma Buenos Aires, 1986.
- Figuerola José, El gran movimiento social argentino. 1 Ed. Buenos Aires. Editorial La huella, 1961
- Recalde Aritz, Intelectuales, peronismo y universidad. 1 Ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Punto de Encuentro, 2016.
- Recalde Aritz, Pensadores del nacionalismo popular. 1 Ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Editorial del Pensamiento Nacional, 2021.